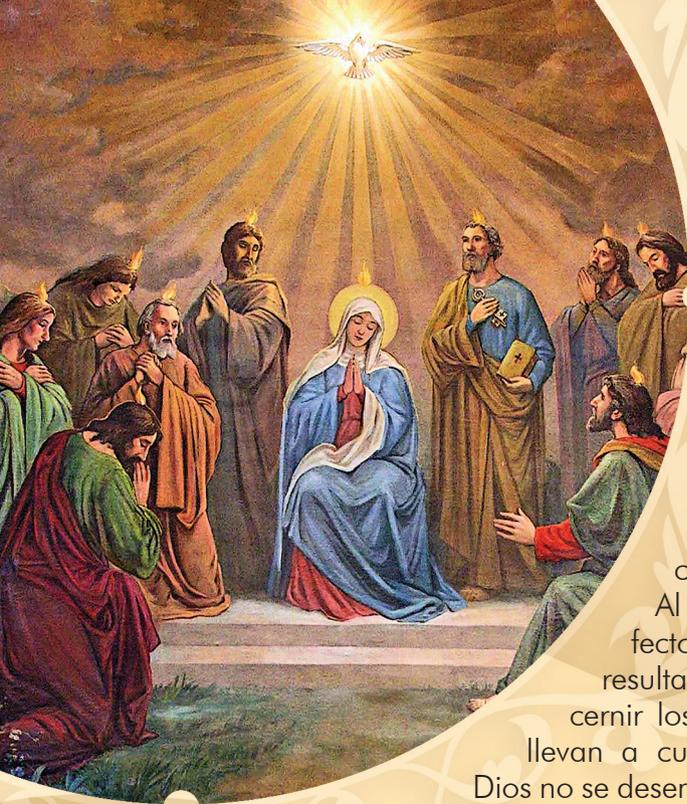




El Espíritu Santo y el discernimiento

Dios en su infinita sabiduría nos creó a todos los seres humanos libres, y puso nuestra propia realización en nuestras manos. Todos estamos llamados a la santidad, pero para llegar a ella debemos caminar por el camino de la perseverancia, de la lucha constante, pero no es un camino fácil porque siempre encontraremos dificultades.

Todos nos encontramos ante realidades difíciles, situaciones diversas cuya solución muchas veces no se vislumbra fácil, acertada, clara y rápida. Se nos presentan dilemas. Frente a ello, nos podemos preguntar: ¿Qué podemos hacer? ¿Qué debemos hacer? Para el no creyente, o para la persona con una fe que no afecta su vivir diario, la decisión suele basarse básicamente desde la razón, pesando los pros y los contras de las opciones, o en la intuición, fruto muchas veces de las emociones, caprichos o preferencias. Pero para quienes tienen una fe viva y operante, la pregunta "¿qué debemos hacer?" se convierte en: ¿Cuál es la voluntad de Dios para nosotros en esta situación? ¿Qué quiere Jesucristo para nuestra vida?



Somos seres amados por un Dios que, como nuestro Creador y Padre, ha querido compartir con nosotros su vida, su amor, ya que quiere que lleguemos a la plenitud de la felicidad para la cual nos ha creado.

Al ser su plan tan perfecto, ¡cuán importante resulta precisamente discernir los caminos que nos llevan a cumplir su voluntad!

Dios no se desentiende de nosotros, al contrario, vino para habitar entre nosotros y dentro de nosotros. No solamente se encarnó, además, por nuestro bautismo nos hemos convertido en su morada. La Santísima Trinidad habita en medio de nosotros por la gracia santificante. Somos entonces “templos del Espíritu Santo”, y gozamos de sus inspiraciones en el interior de nuestra conciencia.

Pero por nuestro ser de pecadores, se nos dificulta conocer la voluntad de Dios, y a nuestra voluntad debilitada le molesta seguir esta voluntad aunque en el fondo, la conozca. No sabemos distinguir entre el bien y el mal. Es por ello que el Espíritu Santo viene en nuestra ayuda; Él nos quiere hablar, pero a veces nos cuesta escucharlo. Y esto sucede porque hay muchas otras voces que constantemente nos hablan y no dejamos que el Espíritu del Señor penetre en nosotros porque cerramos nuestro corazón a su acción. Bien dice el papa Francisco que “el Espíritu Santo no puede entrar en un corazón cerrado”.

Tengamos presente que cuando fuimos confirmados, fuimos sellados con el Espíritu Santo, recibimos los dones espirituales y fuimos santificados como seguidores del Señor. Recibimos la gracia y el poder que nos permiten centrar nuestra mente y nuestro corazón en las cosas de Dios para participar así en la construcción del Reino en la tierra. Es el Espíritu Santo quien nos habla a la conciencia y nos ayuda a discernir en nuestra vida, es por ello que “debemos abrir el corazón para escuchar al Espíritu Santo y de este modo ser capaces de dar testimonio de Jesucristo en nuestra vida”, como nos lo recuerda el papa Francisco.

El don del discernimiento

Para san Juan evangelista el discernimiento consiste en “poner a la prueba las inspiraciones para saber si provienen realmente de Dios” (cf. 1 Jn 4,1-6). Para san Pablo, el criterio básico de discernimiento es confesar a Jesús como “Señor” (1 Co 12, 3). El primer y fundamental discernimiento de los espíritus es el que permite distinguir “el Espíritu de Dios” del “espíritu del mundo” (cf. 1 Co 2, 12). El mismo Jesús no inicia jamás nada sin el Espíritu Santo. Con el Espíritu Santo anduvo por el desierto; con la potencia del Espíritu Santo volvió e inició su predicación; “en el Espíritu Santo” eligió a sus apóstoles (cf. Hch 1, 2); en el Espíritu Santo rezó y se ofreció Él mismo al Padre (cf. Hb 9, 14). San Pablo da un criterio objetivo de discernimiento, el mismo que ha dado Jesús: el de los frutos. Las “obras de la carne” revelan que un cierto deseo viene desde el hombre viejo pecador; “los frutos del Espíritu” revelan que vienen desde el Espíritu (cf. Ga 5, 19-22). “La carne tiene apetencias contrarias al espíritu. Y el espíritu contrarias a la carne” (Ga 5, 17).

Es por esto que al lado de la escucha de la Palabra, la práctica más eficaz para ejercitar el discernimiento a nivel personal es el examen de conciencia que es parte de un proceso en el que examinamos nuestra vida, nuestros comportamientos, nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestras emociones, nuestros sentimientos, nuestra mente y nuestro corazón.

Para este examen de conciencia, el papa Francisco nos propone unas preguntas que nos pueden ayudar a hacer un buen discernimiento.

“Primera: ¿Yo pido al Señor la gracia de que mi corazón esté abierto? Segunda pregunta: ¿Yo trato de escuchar al Espíritu Santo, sus inspiraciones, las cosas que Él dice a mi corazón para que yo vaya adelante en la vida de cristiano y pueda testimoniar también yo que Jesús es el Señor? Piensen en estas dos cosas: Mi corazón está abierto, y yo hago el esfuerzo de sentir al Espíritu Santo, ¿qué me dice? Y así iremos adelante en la vida cristiana y daremos, también nosotros, testimonio de Jesucristo”.

Estamos, por tanto, llamados a confiarnos enteramente a la guía interior del Espíritu Santo, como en una especie de “dirección espiritual”. No podemos emprender nada si no es el Espíritu Santo quien nos mueve, o sin haberlo consultado antes de cada acción, pidiéndole que Él sea la voz dominante en nuestra mente y nuestro corazón, ya que mientras mejor estemos dispuestos a aceptar la obra del Espíritu de hacernos ver nuestros pecados, de convencernos de amar verdaderamente al Señor y de edificar la Iglesia, más nos acercaremos a Cristo y avanzaremos por el camino de la santidad.

